



COMPARTEN  
SU  
SECRETO

*Dana*

ES UN PRODUCTO  
... el secreto de su pulcritud. Este secreto se llama D-ten. Desodorante D-ten de Dana, se aplica una vez al día y... hasta mañana.



## EL PRINCIPE AZUL VIAJA EN METRO

**N**UESTRAS abuelitas, con sus crinolinas y sus marabús, sus artísticos desmayos y sus seductores «espleens» eran, aparentemente, mucho más románticas que nosotras. Se pasaban la vida hablando del Amor, con mayúscula, y esperando un príncipe azul joven, esbelto, capaz de componer una endecha como quien lava, de montar gallardamente un caballo de largas crines y de llamarse Orlando o Ataulfo.

Las mujeres de hoy no nos desmayamos ni después de correr los cien metros lisos y no tenemos tiempo para dedicarlo a hastíos, por muy atractivos que resulten. Trabajamos, viajamos por el mundo sin meter en la mala a el más pequeño frasco de agua de azahar y, cuando hablamos de amor, lo hacemos rehuendo pudorosamente los signos de admiración.

Sin embargo, somos mucho más románticas que las señoras de otros tiempos. Ellas aprendían el lenguaje del abanico para enviar mudos mensajes al amado, suspiraban copiosamente ante un verso sentimental, pero a la hora de dar el paso más decisivo de su existencia, el matrimonio, hacían gala de una frialdad capaz de sorprender al más endurecido contable.

Deba igual que don Roque fuera viejo y midiera un metro cuarenta de cintura. A menudo bastaba que poseyera un saneado patrimonio para que la pálida damisela le diera un esis tembloroso, con todo el aspecto de haber sido inspirado por el más rendido amor. Don Roque quedaba encantado y convencido de su irresistible fascinación y la jovencita se consolaba pensando que, después de todo, los príncipes azules no existen y si, en cambio, los aderezos de esmeraldas y las casas con cuatro balcones y dos miradores a la calle.

Incluso cuando el caballero de sus sueños de adolescentes aparecía en sus vidas, apasionado, joven y artista como Chopin o Beethoven, nuestras «románticas» antecesoras encontraban fuerzas, dentro de su frágil apariencia, para tomarse una oportuna retirada y dejar a los en-

mirados en cuestión con un palmo de narices. Bien estaba ser la musa, darse el gusto de leer su nombre junto al título de una melodía que emocionaba a las gentes; pero de ahí a convertirse en la esposa de un musiquillo sin dinero y sin título, había un abismo lleno de reflexiones juiciosas que llevaban, indefectiblemente, a preferir a don Roque.

Cierto es que las condiciones en que les tocó vivir a esas mujeres eran responsables, casi siempre, de su conducta. Pero también lo es que se comete una injusticia con respecto a nosotras, afeándonos el haber dado al traste con el delicioso romanticismo de otros tiempos.

La mujer de hoy sí que es romántica. Aunque haya perdido la afición a los billetitos «dulces» y a las citas furtivas; aunque no tenga la menor idea de lo que significa un crisantero o una petunia en el lenguaje de los enamorados y aunque hable de amor sin hacer aspavientos grandilocuentes, conserva en su corazón un lugar preferente para él. Un lugar donde no cabe don Roque, por muchos miradores que tenga su casa, y donde encuentra cobijo el chico que no tiene ni una habitación con derecho a cocina.

Hoy son legión las mujeres que no miran el matrimonio como una manera de llegar al abrigo de abstracción y que abandonan sus vidas confortables para compartir la dura y estrecha que les ofrece el hombre que aman. Y no les importa pasar frío junto a él, ayudarlo a preparar una oposición o salir a trabajar para redondear un poco su magro presupuesto.

Juegan a la baza del amor olvidando la aritmética. Confían, como sus abuelas, en la llegada del príncipe azul. Pero a diferencia de ellas, no le dan calabazas cuando aparece sin guedeja rubia y con la bolsa vacía. Han sido lo suficientemente listas para comprender que hoy, las más de las veces, el príncipe azul no viaja en caballo blanco, sino en metro y se llama, sencillamente, Pepe.

CARMEN VAZQUEZ-VIGO